

Encinilas. Rincón de historias

María Patricia Pensado Leglise

 <https://orcid.org/0000-0003-3703-9315>

Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, México
ppensado@institutomora.edu.mx

Dolores Hernández Guerrero, *Encinillas. Rincón de historias*, México, Talleres de MGM Soluciones Gráficas, 2024. ISBN: 978-607-29-5288-1.

Recrear la historia de familia, a través de tres generaciones es en gran medida, dar cuenta del intrincado proceso tanto de la trayectoria vital como social de personas a las que las une el lazo consanguíneo; pero además si el relato histórico es autobiográfico, es decir, se forma parte de esa familia no es tarea fácil se tiene que contar con ciertos atributos, porque conocer, reunir, cuestionar y comprender a los antepasados cuando ya no están, no es tarea fácil, debido a que durante el proceso de investigación se confrontan versiones diferentes de las que se parte en su origen, a veces incluso cuestionando la imagen que se percibía de los miembros de la familia.

De tal manera que emprender un viaje al pasado de los ancestros resulta incierto, porque cuando hurgamos en él, no siempre se cumplen las expectativas que creamos en relación a éste, porque acudir al rescate de la memoria familiar significa un proceso de reconstrucción.



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-
No Comercial 4.0 Internacional

Con todo, la historiadora María Dolores Hernández Guerrero logró superar esos escollos, tal vez porque en su horizonte epistémico no se planteó encontrar un pasado célebre, ni una única versión, de ahí que sus hallazgos resultan importantes para entender el pasado de una familia de rancheros muy singulares para la época en que vivieron -las últimas décadas del siglo XIX y los inicios del XX-, presentando como resultado un espléndido libro, que ofrece varias lecturas que resultan gratificantes y de gran interés histórico.

La mirada caleidoscópica del texto, nos lleva, por una parte, a la reflexión sobre la memoria, el filósofo historiador Frederic Lenoir, apunta que es en la memoria donde conservamos todas las experiencias pasadas, los lazos afectivos que unen ese instante a muchos otros y a nuestros semejantes y que es ahí donde reside nuestra identidad. Y por otra parte, a rupturas porque seguramente la autora durante la escritura del libro pasó por momentos en que tuvo que hacer a un lado sus propias convicciones, así como prejuicios y estigmas a los que se recurren con frecuencia cuando no entendemos o ignoramos los motivos para que las personas piensen o actúen de manera diferente a la nuestra.

De tal manera, recuperar, reconstruir la memoria, en este caso de familia resulta importante, en dos sentidos, el primero se dirige a conocer quiénes eran esos antepasados; y el segundo, contribuye a una mayor comprensión de la cultura familiar de la que provenimos.

Beatriz Sarlo, menciona que reconstruir el pasado de un sujeto o el propio implica la aproximación a una verdad desconocida, o conocida solo en fragmentos, tal y como Dolores Hernández lo refiere, se trata de armar las piezas sueltas de un rompecabezas sin tener la certeza de llegar a completarlo, no obstante, el hecho de intentarlo contribuirá a entendernos mejor.

Así pues, Dolores Hernández nos abre de par en par las puertas del rancho de Encinillas y nos invita a recorrerlo, desde el momento en que sus bisabuelos Sotero Guerrero Álvarez y Feliciano Quintanar Mejía llegan “a hacer de aquel rancho una digna y feliz morada” independientes de la tutela familiar.

La autora divide su relato en tres momentos de gran trascendencia histórica para la vida política del país: “la formación del rancho de 1884 a 1903 (periodo en el que se estableció la tienda en el rancho); de 1903 a 1914 (etapa de prosperidad que se ve interrumpida por la muerte de Sotero y el estallido de la Revolución); y de 1914 a 1954, cuando falleció “mamá Chanita” (p. 155).

La descripción y las transformaciones del rancho de Encinillas, que ocurren al paso del tiempo son tan detalladas, minuciosas y precisas que imaginamos recorrer esas habitaciones, asomarnos por ventanas y balcones, andar por los corredores y jardines, disfrutar de los olores de las viandas y especies que condimentaban tanto los guisos cotidianos como los de las fechas memorables de las grandes ocasiones, o las fragancias y los colores de las flores, rosas, plumbagos, bolitas de oro, narcisos, huela de noche, bugambilias, que las mujeres del rancho cuidaban con tanto esmero. Sin duda alguna, la autora al no escatimar ni el más mínimo detalle en las descripciones del paisaje, el rancho, las localidades aledañas, las personas, los objetos, los instrumentos de trabajo, y un largo etcétera, nos evoca a la corriente literaria del naturalismo francés.

Con ello, la autora demuestra también, el interés para que el lector conozca la geografía, que nos permiten presenciar la vida cotidiana de la familia Guerrero Quintanar, que habita en un pueblo campestre, y que, si bien son partícipes de esa cultura de pequeños y medianos propietarios

rurales, en momentos la trasgreden. Por ejemplo, la filiación del abuelo Sotero Guerrero a la Iglesia Episcopal Mexicana, debido a su tradición político liberal juarista y a la masonería, que los condujo a una práctica religiosa que no era la dominante, ni tampoco era en su totalidad aprobada por la sociedad mexicana, a la que se suma su abuela Chanita, quién sin abandonar la religión católica, acepta una serie de prácticas útiles para la vida diaria. O el espíritu emprendedor y liberal de la época que empuja al abuelo Sotero a participar en la empresa del ferrocarril, ícono de la modernización, al vender madera para el tendido de las vías, lo que le permitió comprar la tierra en Encinillas y aumentar sus ingresos, para después combinar la actividad agrícola con la comercial en la economía local como lo hacían algunos rancheros. O la fugaz relación amorosa de Gilberta la hija mayor de los Guerrero, con un peón de campo de ascendencia indígena interrumpida por la enérgica oposición de la familia. O el carácter insumiso de Rosita, otra de las hijas, quién no vaciló en usar las armas para defender a la familia.

Por momentos el relato de la autora, parecería que adquiere elementos de un guión cinematográfico, quizás por el uso de la fuente de la imagen fija, fotografías extraídas de álbumes familiares o las tomadas expresamente para el libro por Guy Duval, Diana Guerrero y Dolores Duval, así como las anotaciones sobre el contexto histórico social y la descripción de objetos utilizados en la jornada laboral, suntuarios o de uso diario se pueden interpretar, o bien como la voz en off, o como si leyéramos algún estudio arqueológico. Porque, para la autora al igual que las, los arqueólogos/as es importante identificar el usos de los objetos, a veces pequeñas cosas que se convierten en extensión de nuestros sentidos o que dan cuenta del tipo de trabajo que hombres y mujeres desempeñaban en las labores domésticas y que la autora los utiliza en su tarea de reconstruir la vida familiar, como los lentes de armazón de oro

de mamá Chanita, el aguamanil, la cómoda negra, donde mamá Chanita guardaba y administraba en caso necesario las medicinas para aliviar los malestares comunes, aplicando sus conocimientos medicinales de herbolaria para los mismos fines, a los que se sumaban los accidentes frecuentes de la vida campirana; la fresquera, la máquina Singer, las planchas de fierro colado, la desgranadora de mazorcas.

Por otra parte, el tránsito al que nos conduce la familia Guerrero por distintas etapas de la historia nacional, y una de ellas, la Revolución, contribuye a comprender las dificultades, penurias y tristezas de las distintas generaciones que las vivieron, rompiendo con esa visión reduccionista y binaria de explicar todo hecho histórico desde dos bandos, dos partidos, dos clases, etcétera. Cuando la realidad demuestra ser más compleja, en este caso, la pertenencia social de la familia Guerrero, a quien la autora define como rancheros medios, es decir poseían la tierra, pero no se podía equiparar al número de hectáreas, a las grandes extensiones de tierra de las grandes haciendas; contaban con peones que realizaban distintas faenas, pero de la misma manera no coincidía con la gran cantidad y diversificación de la mano de obra campesina (permanentes, arrendatarios, aparceros, jornaleros temporales) que explotaban los hacendados.

No obstante, como grupo social se vieron más afectados por el movimiento revolucionario de 1910, padeciendo en mayor escala la violencia, el despojo, la enfermedad y la muerte.

Otro punto notable de este libro, es el tema de género, al escudriñar a las mujeres de su familia, quizá motivada por las largas e incontables conversaciones de la autora con su abuela Chanita, da cuenta de la vida de las mujeres de la familia Guerrero-Quintanar, son ellas, quiénes van marcando los tiempos nuevos de una sociedad que va cambiando con la

violencia acelerada de un movimiento revolucionario que no estuvo exento de tropelías y que en particular, la rapiña que se desató, a la familia Guerrero le costó el asesinato del abuelo Sotero, el patriarca de la familia.

El libro es revelador del hecho del carácter y función social de las mujeres, al ser dadoras, guardianas y preservadoras de la vida en medio de catástrofes, conflictos bélicos y de violencia, y sobre todo surge al urdir estrategias inimaginables para ellas, con el propósito de poner a salvo a la familia. La autora observa que, sin alarde alguno, fueron las mujeres de su familia, quiénes se hacen cargo del manejo del timón que dirige el barco, es decir son capitanas y estas experiencias transmitidas de mujer a mujer contribuyen a la templanza para estar preparadas y sobrevivir los naufragios de la existencia. Así lo demuestra su abuela Feliciano (mamá Chanita) quién no se paralizó ante el fallecimiento de su esposo, y quedar sola como responsable para sacar adelante a su familia.

A lo largo del texto, la autora se detiene con suma delicadeza en cada una de las mujeres de su familia, narra sus sentimientos, costumbres, hábitos, conflictos, contradicciones encerradas en una sociedad donde el convencionalismo social, el deber ser, y la doble moral aniquila cualquier tipo de iniciativa que suponga ser incompatible con el papel social de la cultura patriarcal destinado a las mujeres. Y la intolerancia, el repudio y la agresión física como castigo en caso de atreverse a desafiar o transgredir las normas patriarcales.

Al igual que la autora, convengo en que "la participación de las mujeres no ha sido debidamente registrada en la historia" (p.133). Y es en el espacio privado, sobre todo en esa época, donde transcurría la vida de las mujeres y desde ahí, se enteraban de lo que ocurría "afuera". Ha

sido desde ese ámbito de la intimidad en que la subjetividad adquiere la forma y el contenido de hecho histórico.

En donde se puede observar e interpretar la relación entre cultura y cultura familiar. De ahí que la vida cotidiana se haya convertido en sujeto-objeto de la investigación histórica, George Duby y Philippe Aries escribieron en cinco volúmenes, *La historia de la vida privada*. Obra que inspiró a posteriori a historiadores de otras latitudes, aceptando la vieja consigna de las feministas de los años 60 illo privado es político!

En ese sentido, el filósofo historiador Walter Benjamin no disoció la vida del sujeto con la época en la que existió, antes al contrario, reconocía esa inminente relación y se empeñaba en “hacer ver como la vida entera de un individuo está presente en una época entera”, y el libro de Dolores Hernández sigue esa línea al entender a la historia como la inteligibilidad de la experiencia del sujeto, en un espacio y tiempo, en donde se puede propiciar el diálogo complejo entre historia y memoria.

De ahí, el empecinamiento de la autora, de contextualizar cualquier suceso de alguno de los integrantes de la familia Guerrero Quintanar. Así como también, dar cuenta del surgimiento de instituciones, como la educativa, narrando el inicio de la educación básica y la construcción o acondicionamiento de las primeras escuelas; y el origen de la filiación de la familia de Sotero Guerrero a la Iglesia Episcopal Mexicana y su participación en la educación.

Da cuenta también, de los festejos que celebraba la familia destacando el de mamá Chanita, a quién es obvia la admiración que la autora siente por ella, y a través de la narración de los eventos festivos se percibe también el paso del tiempo, de los cambios en la moda, la música y la bebida. Sin embargo, se mantienen ciertas tradiciones, como

la fiesta y la invitación a los peones y personas de la ranchería, el jaripeo, la interpretación de canciones del lugar, la comida tradicional y el pulque como bebida que no puede faltar en las celebraciones.

Otro aspecto muy bien logrado en el libro, ya antes mencionado, es la inclusión de imágenes, fotografías y planos mediante las cuales visualizamos a las personas, los lugares y los objetos, para de esa forma comprender a cabalidad como, en donde y con qué andaban por la vida, sobre todo para entender las diferencias entre la vida urbana y rural y el apego de esta última, al hábitat verde y colorido que produce tanto la proximidad de las relaciones con la naturaleza y con las humanas.

Por último, me gustaría referirme a la carta de Dolores Duval Hernández dirigida al bisabuelo que no conoció, la cual expresa la trasmisión de la memoria depositada en las generaciones más jóvenes, para que a su vez no se pierda al continuar trasmitiéndola.

En suma, la lectura de este libro escrito por Dolores Hernández me pareció un agasajo por la buena pluma, la nitidez del relato y porque logra que no nos sea ajeno, de ahí que nos suscite emociones, nos conmueva y sobre todo, nos cuestione la manera de relacionarnos con nuestros ancestros, es decir la autora tal vez sin proponérselo hace que nos reconciliemos con ellos y dejemos descansar a nuestros fantasmas, que entendamos su proceder sin juicios inquisitorios, pero eso sí rompiendo el silencio y los patrones de conducta heredados que más que liberarnos como seres humanos plenos nos pueden mantener subyugados.